

## Guillermo Prieto y sus memorias

MARGO GLANTZ

Gracias a la paciencia, constancia y entusiasmo de Boris Rosen, nos es posible contar con la mayor parte de los tomos que forman las *Obras completas* de Guillermo Prieto, hasta ahora desperdigadas en publicaciones periódicas, viejas ediciones agotadas y archivos desconocidos. Las edita la Dirección de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes: por ello ya podremos hablar con más propiedad y claridad de esta magna obra que, como dice Monsiváis, se presenta como uno de los posibles resúmenes imprescindibles del siglo XIX.

Me limitaré aquí a tratar acerca de *Memorias de mis tiempos*, libro sobre el cual yo había publicado hace varios años otro texto,<sup>1</sup> en donde analizaba la teatralidad como un elemento esencial que aglutina sus aparentemente mal hilvanadas páginas, tema que me sigue apasionando e intrigando y al que vuelvo de manera periódica. Cada vez que lo releo para analizarlo me preocupa su estructura y vuelvo a preguntarme qué es lo que da unidad a estos apuntes, para algunos "un desordenado borrador" que en 1906 había ordenado para su publicación don Nicolás León. En lugar de explicar y en involuntaria mimetización de Prieto, muchas veces se corre el riesgo de simplemente enumerar los temas, los personajes, las situaciones que el autor coloca ante nosotros en su insaciable curiosidad enciclopédica o su necesidad angustiosa de no dejar nada fuera de la escritura. Hay algo sin embargo que hilvana sus materiales, traza un hilo

conductor, les da estructura, y que explica también el sentido de casi toda su prosa, la de los cuadros de costumbres, la de los viajes ...

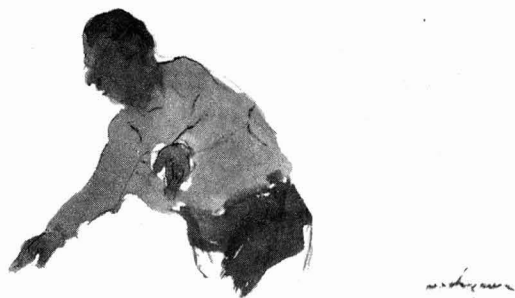
### 1. ¿Calidoscopios, cuadros o panoramas?

Prieto habla en el prólogo de su *Viaje a los Estados Unidos* de sus juegos de infancia y su gusto por los calidoscopios, esas cajitas de vidritos, y en las *Memorias* alguna vez se refiere a la linterna mágica como instrumento narrativo, mismo que habrá de ser utilizado después y de manera tan especial por Cuéllar. Prieto sabe muy bien lo que está haciendo y constantemente advertimos intercalaciones textuales o metatextos en donde explica el sentido de lo que está haciendo, son también observaciones que se encuadran como reflexión:

¡Buen chasco se lleva quien busque en este libro observaciones profundas, estudios serios, animadas descripciones, sino en descolorida imitación los vidritos del cuento ... Es decir se trata de charla, y charla tendrán los que quieran comprar esta cajita de vidritos.<sup>2</sup>

Una cajita de vidritos permite visualizar, gracias al doble diminutivo y a la fragmentaria consistencia de la visión, un relato desmenuzado, expuesto a una constante fragmentación y a un movimiento incesante, y por tanto a cambios imprevistos de foco, esbozos rápidos, deslumbramientos, bosquejos inacabados. Esta manera de mirar es sistemática y constituye una norma de organización del relato.

Como en los pintores o los grabadores de ese tiempo, el ojo del narrador contempla cuadros movibles y pasajeros de la realidad cotidiana, los fija como tipos o como costumbres y va conformando con ellos un panorama, algo que se extiende ante nuestros ojos con rápidos brochazos, sin ánimo de profundizar y careciendo de un espíritu de selección muy definido:



se capta todo lo que alcanza la mirada y el conjunto está hecho de fragmentos, de gente que se encuentra por casualidad o por costumbre en ciertas zonas y conforma un paisaje que la mirada capta a vuelo de pájaro.

Al hablar de los antecedentes de Baudelaire, Walter Benjamin explica:

Un nuevo género literario ha abierto sus primeras intentonas de orientación. Es una literatura panorámica. Esos libros consisten en bosquejos, que con su ropaje anecdótico diríamos que imitan el primer término plástico de los panoramas e in-

<sup>1</sup> Margo Glantz, et al., *Memorias de mis tiempos. Representatividad de una realidad teatral*, en Guillermo Prieto, *Tres semblanzas*, UNAM (Cuadernos de Humanidades, 7), México, 1977.

<sup>2</sup> Cfr. Francisco López Cámara, Prólogo a Guillermo Prieto, *Crónica de viajes I, Obras completas*, t. IV, CNCA, México, 1994, p. 39. Cfr. también del mismo López Cámara, *Los viajes de Guillermo Prieto*, UNAM, México, 1994.



cluso, con su inventario informativo, su trasfondo ancho y tenso.<sup>3</sup>

Los vidritos conforman tipos, esos tipos pintorescos que en sus cuadros de costumbres se dibujan en su apariencia visual y en sus comportamientos, por ejemplo, escojo al azar, Don Onofre Calabrote:

El empinado sombrero cae ahora con gracias sobre sus sienes. Su chaqueta no ha sido ingrata al cepillo; el pantalón modesto, ni aun roza el empeine de su pie; y esa bota, ahora café y melancólica, pronto recibirá en el Progreso el brochazo de regeneración. ¡Vedlo! Un cirial parece su paraguas con funda: si abulta una de sus bolsas, es el paliacate sumamente doblado que conduce. El tesoro va hundido en la bolsa del costado.<sup>4</sup>

Y los tipos mexicanos son reproducidos por pintores, litógrafos, muchos de ellos viajeros extranjeros (Linati, Rugendas) y claro por escritores costumbristas como Guillermo Prieto que en estos cuadros ha elegido representarlos literalmente encuadrados por la descripción que los aísla de los otros tipos y les da una fisonomía y un apodo estereotípicos. El mismo sistema organiza las tradiciones populares descritas en pequeños apartados en sus

cuadros de costumbres, por ellos desfilan los días de fiesta, los años nuevos, las posadas, las navidades, la Semana Santa, los días de corpus, muchas de esas tradiciones son festividades religiosas de las que participa toda la población en curiosa y aparente confusión de clases. Y también las corridas de toros, las funciones de teatro, las de ópera y ¡los pronunciamientos!

El uso sistemático de retratos es otro elemento indispensable tanto en las memorias como en los cuadros de costumbres y los viajes. Prieto es un gran retratista, nos ha dejado notables descripciones de las grandes figuras que hicieron la historia del México en que él vivió. Veamos la prosopografía de dos miembros de la Academia de Letrán, es decir su descripción física: primero, el poeta Ignacio Rodríguez Galván:

El aspecto de Ignacio era de indio puro, alto, de ancho busto y piernas delgadas no muy rectas, cabello negro y lacio que caía sobre una frente no levantada pero llena y saliente; tosca nariz, pómulos carudos, boca grande y unos ojos negros parecidos a los de los chinos.<sup>5</sup>

En cambio, Manuel Carpio, el poeta católico, es de:

Estatura regular (plagio de filiación de soldado), frente alemana y calva con

un rosquete de cabello sobre la región frontal, ojos azules, apacibles y melancólicos, ropa holgadísima: frac, pantalón azul y chaleco blanco; continente grave, el cuello como embutido en su ancha corbata blanca. El habla clara y sentenciosa, con un acento especial. Tenía la manía de alzarse de la pretina los pantalones constantemente, cuando estaba de pie ... (*Memorias*, p. 152.)

Más interesante es la etopeya o descripción moral de un político, especialmente si se trata del inefable general Santa Anna:

Santa Anna era el alma de este emporio del desbarajuste y de la licenciatura.

Era de verlo en la partida, rodeado de los potentados del agio, "dibujando" el albur, tomando del dinero ajeno, confundido con empleados de tres al cuarto y aun de oficiales subalternos; pedía y no pagaba, se le celebraban como gracias trampas indignas, y cuando se creía que languidecía el juego, el bello sexo concedía sus sonrisas y acompañaba a Birján en sus torerías.

En el juego de gallos era más repugnante el cuadro, con aquellos léperos desahorados, provocativos y drogueros, aquellos gritos, aquellas disputas y aquel circular perpetuo de cántaros y cajetes con pulque.

Allí presidía Santa Anna, diciendo que proclamasen la chica o la grande, cuidando que estuvieran listos los mochilleros y que saliera vistosa la campaña de moros y cristianos. (*Memorias*, p. 363.)

Los retratos físicos o prosopografías tienen un gran interés, forman una galería de personajes de nuestra historia que podemos apreciar como si estuviesen pintados, es decir configuran un museo del retrato hablado. Pero si bien es posible darse cuenta de muchas cosas simplemente viendo la fisonomía de los personajes, su verdadera personalidad es la etopeya que en Prieto siempre acompaña al retrato hablado, en esta serie de cuadros que interrumpen la vivacidad de una escena o de una anécdota que da cuenta de un acontecimiento de la vida nacional. Y la etopeya es fundamental porque en realidad se están diseñando las "fisiologías" tan en boga durante la primera mitad del siglo XIX

<sup>3</sup> Walter Benjamin, *Iluminaciones II* (Baude-laire), Taurus, Madrid, 1972, p. 49.

<sup>4</sup> Guillermo Prieto, *Cuadros de costumbres I*, *Obras completas*, t. II, CNCA, 1993, p. 321.

<sup>5</sup> Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *Obras completas*, t. I, CNCA, México, 1992, p. 126.

en Francia. "En 1841, dice Benjamin, se llegó a contar con setenta y seis fisiologías (p. 50)" y, luego advierte, "Que la vida sólo medra en toda su multiplicidad, en la riqueza inagotable, de sus variaciones (p. 51)". Las fisiologías vendrían a ser una forma de observar sin reflexionar demasiado sobre ellos, los cambios que se van reflejando en una sociedad, en sus personajes, en sus calles, en sus actividades cotidianas o en las extraordinarias, pero aunque se construyan retratos es necesario activarlos, vivificarlos, como en las cajitas de vidritos, hay que reacomodarlos para que las figuras digan algo. Prieto llegó a cultivar las fisiologías, por ejemplo en *El placer conyugal y otros textos similares*.<sup>6</sup> la fisiología o anatomía de un personaje o de los tipos o costumbres se congela y nos remite a especímenes científicos interesantes, dignos de contemplación pero ya muertos, de nuevo como las mariposas que se agrupan clavadas con un alfiler en las cajas de los coleccionistas, objetos bonitos, objetos curiosos simplemente, y como tales lejanos de los calidoscopios que pueden si queremos constituir y revivir lo que el ojo ha captado meramente por curiosidad.

A pesar de que a veces se nos antojan ingenuos o sentimentales, los cuadros de Prieto tienen una gran fuerza política y moral, remiten a una sátira de las costumbres y a una energía política que desnuda a una sociedad y revela las amenazas y violencias a la que se la somete. Y esta faceta oculta sólo se potencia mediante la teatralidad.

## 2. La sociedad como teatro

La gran perspicacia de Prieto fue advertir que la sociedad mexicana era fundamentalmente una sociedad teatral. Más aún, esta característica sólo pudo advertirla de manera cabal al observarla desde la distancia que le daba el tiempo: es justamente su carácter de memoria lo que le da a este texto su singularidad. Contemplado con los ojos del recuerdo, el México que Prieto nos entrega en estas memorias es un México ya pasado, sus memorias escritas

en pleno porfiriato se sitúan en una perspectiva totalmente diferente, se trata de una sociedad casi totalmente modificada por el orden, el progreso y la dictadura, una sociedad histórica que sin embargo ha engendrado la sociedad desde la que se escriben los recuerdos.

Este libro aparentemente confuso y desordenado —porque no tuvo tiempo de dejarlo listo para la imprenta— y que sin embargo se ha convertido en un clásico, tanto como *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno o *Astucia* de Luis G. Inclán, suele recordarnos de manera casi exacta lo que ya antes había escrito en textos hechos para ser publicados de inmediato o casi de inmediato, sus viajes, sus cuadros de costumbres, algunas de sus poesías líricas. Y es así en cierta medida: se trata del mismo material humano, los mismos acontecimientos históricos, los mismos paisajes ya transformados en el porfiriato, los mismos acontecimientos históricos: el motín de la Acordada, la invasión de Barradas, los continuos cambios en la presidencia, la fluctuante presencia del general Santa Anna, la Guerra de los pasteles, la rebelión de los polkos, la terrible Invasión norteamericana. En las memorias reproducía una sociedad ya en parte liquidada pero que había dado a luz a la República restaurada, permitido la Invasión francesa y había engendrado al porfiriato, perspectiva de la que carecían sus textos anteriores, esos textos producidos

al calor del momento, de la frescura de la mirada o de la vivencia del hecho relatado. La coherencia, el hilván, el movimiento brusco que ordena la cajita de vidritos es la verificación de que todo en México tiene un carácter teatral.

Prieto se dio cuenta cabal de ello, por eso inicia su texto con una alusión a la teatralidad de su mundo infantil, un mundo idílico, el del nacimiento del México independiente y su propia entrada a la vida, un mundo todavía colonial, bucólico, protegido:

Suelen los autores de comedias de magia, después de agotar su imaginación en vuelos imposibles, transformaciones milagrosas, abismos que se abren para descubrir palacios encantados, enanos que danzan, brujas que se desenvainan de un saco tenebroso y aparecen ninfas seductoras, lluvias de fuego y orgías de infierno, dar cuna y remate a sus fantásticas creaciones con una vista que llaman de gloria, porque en efecto, parece descender la gloria al suelo. (*Memorias*, pp. 51 y 52.)

El mundo teatral se descompone: de la pastorela y el coloquio se pasa a la comedia de capa y espada, a la zarzuela, a la pantomima, al teatro de títeres, a la farsa, al sainete, a lo operístico, y por fin de 1846 a 1855 a la tragedia. No puedo ahora ahondar en este asunto, baste con subrayarlo. ♦



*restruccion*

<sup>6</sup> Guillermo Prieto, *El placer conyugal y otros textos similares*, Premiá, INBA, México, 1984.